

Andy Warhol

AMÉRICA

Presentación y traducción del inglés de
Estrella de Diego

 Siruela

El Ojo del Tiempo

AMERICA



ANDY WARHOL



América
es sin duda
La Bella

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Título original: *América*
Diseño de cubierta: Barbara Richer
Diseño de la colección: Gloria Gauger
Copyright © 1985, Andy Warhol
All rights reserved
© De la traducción y presentación,
Estrella de Diego, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-9841-841-5
Depósito legal: M-25.438-2013
Impreso en Rigormagráfica
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

A modo de presentación

A mitad de los años ochenta, Nueva York se hallaba sumergida en un momento de enorme ebullición artística, entre los «neo» o el apropiacionismo, y una inesperada cartografía se iba organizando en torno a barrios donde todo lo nuevo pasaba, desde la mítica Alphabet City –las avenidas A, B, C y D–, hasta el East Village o el Lower East Side. Justo entonces, en medio de aquella maravillosa explosión creativa, Andy Warhol publicaba *América*, cuya traducción se presenta por primera vez en español en esta edición facsímil.

Se trata de un libro fundamental, prodigioso en sus pensamientos premonitorios de un futuro que ha resultado ser muy semejante al momento presente, pues si *América* es básico para comprender los ochenta, resulta asombroso observar la actualidad de muchos de los temas tratados y, más aún, adivinar el compromiso social –y por eso político– de Warhol que las páginas traslucen. Se trata, así, de uno de sus escritos más radicales, una curiosa mezcla de reflexiones y fotografías, donde sobrevela esa doble lectura texto-imagen que tanto interesa a Warhol y que retrata con acierto innegable la época de la cual participa, una vez más, en primera persona. De hecho, el libro, como el

resto de sus publicaciones, es un trabajo de matices autobiográficos, los que definen también su ojo agudo y prendido de la cámara, alerta para captar el mundo; para captar esa América que adora y de la que se siente tan orgulloso y hacia la que siente tantas ambivalencias.

Desde luego, *América* es todo lo que uno espera del país, en sus estereotipos más extendidos, y todo lo que uno no sospecha siquiera de ese país que Warhol entiende como nadie. *América* refleja sus obsesiones por la fama y el dinero, los viejos mitos de siempre, y esos nuevos mitos que se van creando en torno a la escena neoyorquina. Igual que en la auténtica América –aunque ¿se puede usar ese término referido al contexto warholiano?–, los opuestos se mezclan entre las páginas, se subrayan y se borran porque, al fin y al cabo, el texto de Warhol tiene mucho no solo de autobiografía o testimonio de época, sino de diario de viaje, aquel que reenvía a la idea mítica de «buscar América» –clásica para la generación *beat*–. El libro completa, además, una imagen abierta del país, escrita, eso sí, siempre desde Nueva York, a través de los ojos de un neoyorquino –de adopción en su caso, pero neoyorquino al final– que admira fascinado

California, el lugar pop por excelencia que se va manifestando cuanto más al oeste se viaja, comenta; que anhela la vida al aire libre de Montauk, pero que necesita volver a casa, a esa ciudad llena de sorpresas y en la cual todo era posible durante aquella época dorada para la experimentación.

Aunque no solo. En su juego sofisticadísimo, bajo la máscara eficaz de un lenguaje anodino que da a la narración ese aire de comentario irrelevante que el autor persigue, *América* termina por ser una especie de extensión de la propia Factory, el particular plató –y no solo en sentido literal, que también–, donde Warhol fabricaba a sus personajes, esos «famosos de cuarto de hora» que lo eran porque él los había tocado con su varita mágica y que lo seguían siendo mientras duraba el interés de la inteligencia poderosa del artista, a veces poco más que esos quince minutos de popularidad a los cuales en el futuro, decía, todos tendríamos derecho. En la Factory, los «famosos inventados» por Warhol convivían con los «famosos de verdad», para acabar por mezclarse, como en las páginas del libro, y borrar las diferencias entre realidad y ficción, auténtico y falso, hilo conductor de estas reflexiones y en general del trabajo del artista. Todo se termina por mezclar en *América*, como en América seguramente, y el testigo de excepción que Warhol resulta ser, dueño de esa mirada de época que pocos como él tuvieron,

los mezcla y los confunde como un todo único, sin jerarquías –ocurría en la cotidianidad de la Factory–. Esa es la clave de los escritos de Warhol en general y de este libro en particular, y hasta la clave de sus propuestas: las jerarquías desaparecen o, mejor aún, se proponen unas nuevas y asombrosas jerarquías.

Luchadores de lucha libre, viejas estrellas, deportistas, políticos, actores, gentes sin techo que deambulan por las calles... encuentran su lugar entre estas páginas que, igual que ocurría en el Nueva York de los ochenta, dan cobijo también a los que sin dinero son capaces de codearse con la fama a través de su «buena pinta», cualidad que les permite vivir con muy poco. Planeando sobre todos ellos, en *América* aparecen dos temas clásicos de Warhol: el amor y la muerte. Sobre el primero, propone algunos consejos prácticos para encontrar la media naranja a través de un planteamiento que no puede fallar: lo ha aprendido en un concurso televisivo. Respecto a la muerte es tan cáustico como siempre: ¡pasarse la vida tratando de no depender de nadie y acabar no pudiendo ocuparse de uno mismo después de muerto!

Y en *América* se habla del cine, de las infinitas bebidas que ofrece América; de la democracia implícita en un Tab: por mucho dinero que se tenga, no se podrá comprar un Tab mejor que el de la mujer sin techo. Y se habla de la televisión y las

frustraciones que genera entre los que no tienen una vida de televisión; televisión donde por cierto, e igual que ocurre ahora en los abundantes programas del corazón, se crean sin cesar «famosos de cuarto de hora».

Aunque el Andy ambivalente, y casi crítico hacia aquello, que ama –lo democrático de América–, que sobrevuela este libro, agudo y divertido, es quizás lo que más fuertemente llama la atención, a pesar de parapetarse el autor tras el comentando estilo frío, casi banal, irónico sin duda, que le sirve de impecable tapadera para no dejar vislumbrar la profundidad de pensamiento que al fin y al cabo tiene toda su obra –a menudo Andy Warhol tiene algo de artista trágico–. De hecho, y hasta cierto punto igual que *Mi filosofía de A a B* y *de B a A*, frente a *POPism* y *Diarios*, que tienden a ser más descriptivos, menos profundos en el pensamiento –sobre todo el segundo–, *América* deja vislumbrar un Warhol preocupado por los asuntos sociales y hasta claramente inscrito en la crisis económica de mediados de los ochenta del XX. De esta manera, junto a sus temas clásicos aparecen cuestiones de una sorprendente actualidad, como las ligadas al desempleo, la inmigración, las personas sin techo, la idea de la exclusión como causa exclusión y posibles formas de paliarla, los altos precios de los alquileres, el modo en que se trabaja para pagarlos..., jugando a redu-

cir sin embargo los problemas a ese territorio del absurdo, tan Warhol, a ratos casi frívolo, como estrategia de camuflaje. Y es aquí donde vuelve a surgir la ambigüedad, pues, pese al modo de contar, con la inmediatez casi de un programa televisivo, es sabido que, en lo que se podría llamar su vida «real», Warhol estaba implicado en cierto trabajo social: en días señalados servía la comida a las gentes más necesitadas. Luego, de pronto, el futuro aparece en las páginas de *América* y lamenta que ya nadie crea en él.

Se presenta, así, un Warhol muy diferente al del resto de sus textos y no solo por el poder inmenso de las fotografías que contribuyen a establecer una complicidad enorme con el lector y ayudan a acercarse al Warhol documentalista, quizás el menos conocido y hasta el menos estudiado. Tan agudo y divertido como *Mi filosofía...*, antes citado, *América* llama la atención por su vigencia, pese a que tal y como se anunciaba, Warhol se camufle tras su narrativa a veces frivolizante. Por este motivo, en la traducción se ha optado por mantener, en la medida de lo posible, el lenguaje plano y hasta repetitivo del texto original, con el fin de preservar la espléndida tensión narrativa entre lo que se dice, cómo se dice y el giro repentino que dan el lenguaje y el relato para no llegar a ponerse jamás demasiado trascendentales. Pese a todo, *América*, como la obra de Warhol en su

totalidad, desvela una inteligencia y una mirada contundentes, modernas, perceptivas, las de este trabajador infatigable que «trabajó» su celebridad y que en un pasaje de *América* explicita de forma clara lo que otra vez se lee como autobiográfico: cuando se ve a alguien muy famoso nunca se piensa en el enorme trabajo que hay detrás. Pero no se trata de trabajar para hacerse famoso, sino de hacerse famoso por todo el trabajo que se ha hecho: en pocas palabras es lo

contrario a los «famosos de cuarto de hora» que, por cierto, tanto abundan hoy en día. Quizás Warhol, a su modo un personaje moralizante, encarna como nadie ese planteamiento –la fama fruto del trabajo y no el trabajo para alcanzar la fama– y este libro lúcido así lo prueba.

Estrella de Diego

CON



CONTENTS

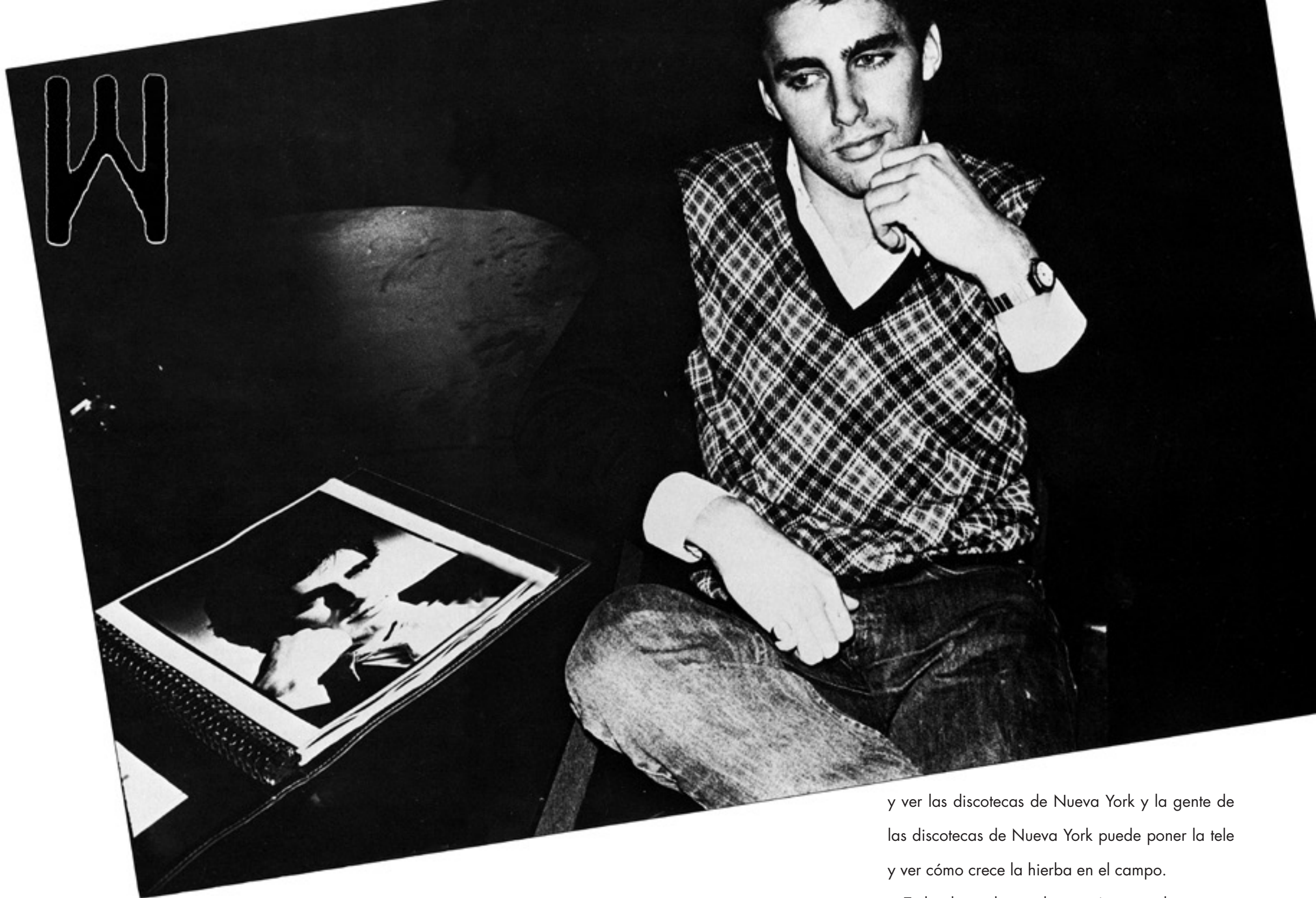
PRE

PREVIEW	13
Window Shopping	27
PEOPLE	31
PHYSIQUE PICTORIAL	94
ALL-STARS	104
NATIONAL GEOGRAPHIC	116
Montauk	120
Newport	126
Lenox	132
La ciudad de Nueva York	136
Washington D.C.	156
Kentucky	164
Texas	170
Aspen	174
California	184
NATURAL HISTORY	194
EDITORIAL	200
VOGUE	202
LIFE	221

VIEW

Todo el mundo tiene su propia América y luego tiene los trozos de una América de fantasía que creen que está ahí, en alguna parte, pero que no pueden ver. De pequeño jamás salí de Pensilvania, así que solía fantasear sobre las cosas que creía estarían ocurriendo en el centro o en el sur del país o en Texas, esas cosas que tenía la sensación de estar perdiéndome. Pero no se puede vivir en más de un sitio a la vez. Y tu vida, mientras está pasando, no parece tener nada de ambiente hasta que se ha convertido en recuerdo. Por eso tienen tanto ambiente los rincones de la América de fantasía, porque son escenas de película, música y partes de libros que se juntan. Y vives en tu América soñada, la que has creado a tu gusto con un poco de arte, sensiblería y emociones, tanto como vives en tu América real.

Aunque lo que ha sucedido con la tele estos últimos diez años ha acabado con buena parte del misterio de esas partes de América que no se conocen y quizás no se vayan a conocer nunca. Ahora, con el cable y el satélite, se puede ver de todo. La gente de las granjas puede poner la tele



y ver las discotecas de Nueva York y la gente de las discotecas de Nueva York puede poner la tele y ver cómo crece la hierba en el campo.

Todo el mundo puede ver cómo vive la otra mitad y quizás esta cobertura dilatada de cada cosa hace que la gente se sienta más satisfecha de vivir donde vive (a mí me ocurre), porque ahora el misterio y la aventura romántica de los lugares lejanos



ha desaparecido bastante. Supongo que podría tener también el efecto contrario: depende de la persona y de cómo sea su vida y de cómo se sienta.

Yo soy del tipo de persona que se siente feliz de no salir, mientras sepa exactamente lo que está pasando en los sitios donde no estoy. Soy del tipo al que le gusta quedarse en casa y ver todas las fiestas a las cuales le invitan en un monitor de su alcoba.

Creo que cuanto más información te den, menos fantasías tienes. O quizás con más información tienes más detalles para construir más fantasías maravillosas.

Las películas son las que han gobernado América desde que se inventaron. Te enseñan lo que debes hacer, cómo debes hacerlo, cuándo debes hacerlo, qué debes sentir y qué *aspecto* debes tener al sentirlo. Es estupendo cuando te muestran cómo besar a lo James Dean, hacer la calle a lo Jane Fonda o ganar a lo Rocky.

Me gustaría que alguien estupendo llegara a la vida política y convirtiera otra vez en respetable el hecho de ser pobre. Porque ya no se oye aquella expresión de «pobre, pero honrado». Ahora cuando se ve a alguien pobre, se piensa: «Son pobres porque no han conseguido hacerse un hueco en el mercado». Y luego se les pone una etiqueta sobre su inteligencia o talento que dice que no deben

tener mucho. Se debería poder ser un investigador modesto sin que la gente preguntara por qué no se gana dinero. Se debería poder trabajar en cosas por las cuales no pagan mucho, porque así nacen los inventos y las cosas progresan.

Sigo esperando –igual que todos– que llegue una persona maravillosa de verdad a la vida pública. Veo la tele los domingos por la mañana buscando algún político que pueda gustarme, pero todo lo que encuentro son tipos asustados de perder el empleo tratando de hablar durante treinta minutos sin que los despidan.

¿Qué ha sido de aquello de lo que se hablaba tanto hace algunos años, reparar las «infraestructuras» de América, poner a la gente a reconstruir las carreteras y los puentes que se caen a pedazos? Un montón de buenas ideas parecen desvanecerse. Por ejemplo, en los sesenta se hablaba todo el rato de una nueva forma de vida en la cual la mano de obra americana se organizaría en tres turnos de ocho horas cada uno. Era para aligerar los atascos y que el tráfico fuera más fluido. Así que América trabajaría todo el día y se recibiría el correo durante veinticuatro horas al día y el país no dormiría nunca. Sería posible elegir el propio turno de trabajo. Ahora ya no se habla de aquello.



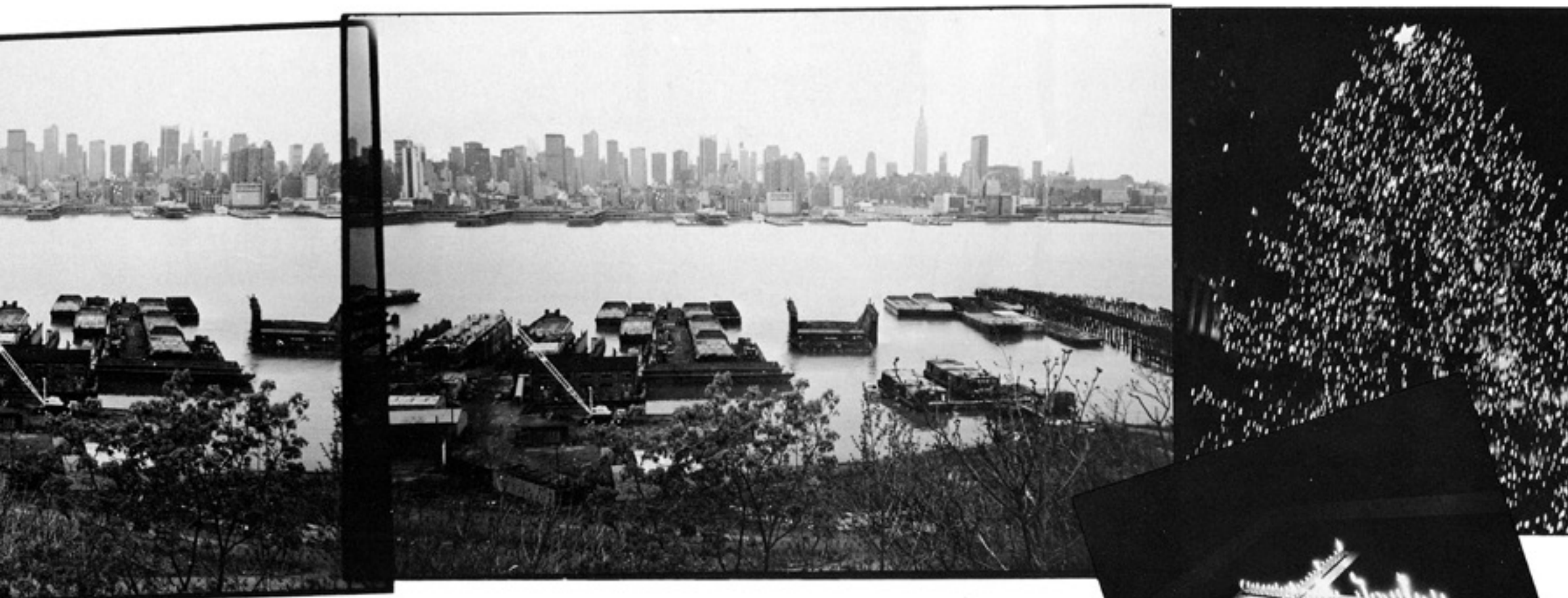
Con las regulaciones gubernamentales se puede manipular lo que se quiera. Así que lo que no comprendo es por qué cada vez que un país subdesarrollado empieza a desarrollarse lo primero que hace es fabricar baratijas y mandarlas aquí. Hablo de cacharros como dispensadores musicales de papel higiénico y bolígrafos calculadoras. ¿Quién les da la idea de producir esas cosas? ¿Por qué no les enseñan a ser autosuficientes con los alimentos? Entonces no tendrían que preocuparse de exportar todas esas cosas para conseguir el dinero necesario para comprar comida.

Al final mandamos armas y comida al mundo entero y el mundo nos manda chorradas. Y alimentamos a lugares que podrían alimentarse solos si no estuvieran malgastando todos sus esfuerzos en

hacer esas pequeñas porquerías. Mientras tanto, nuestros granjeros están utilizando sustancias adulterantes en la tierra y el mantillo se está agotando. He oído que hace doscientos años había más de sesenta centímetros de mantillo mientras que ahora hay solo quince centímetros. Cuando el mantillo desaparezca, nos moriremos de hambre. ¿Qué pasará cuando no quede nada y todo lo que haya en las tiendas sean camisetas «Made in Macao» y radios «Assembled in Grenada»?

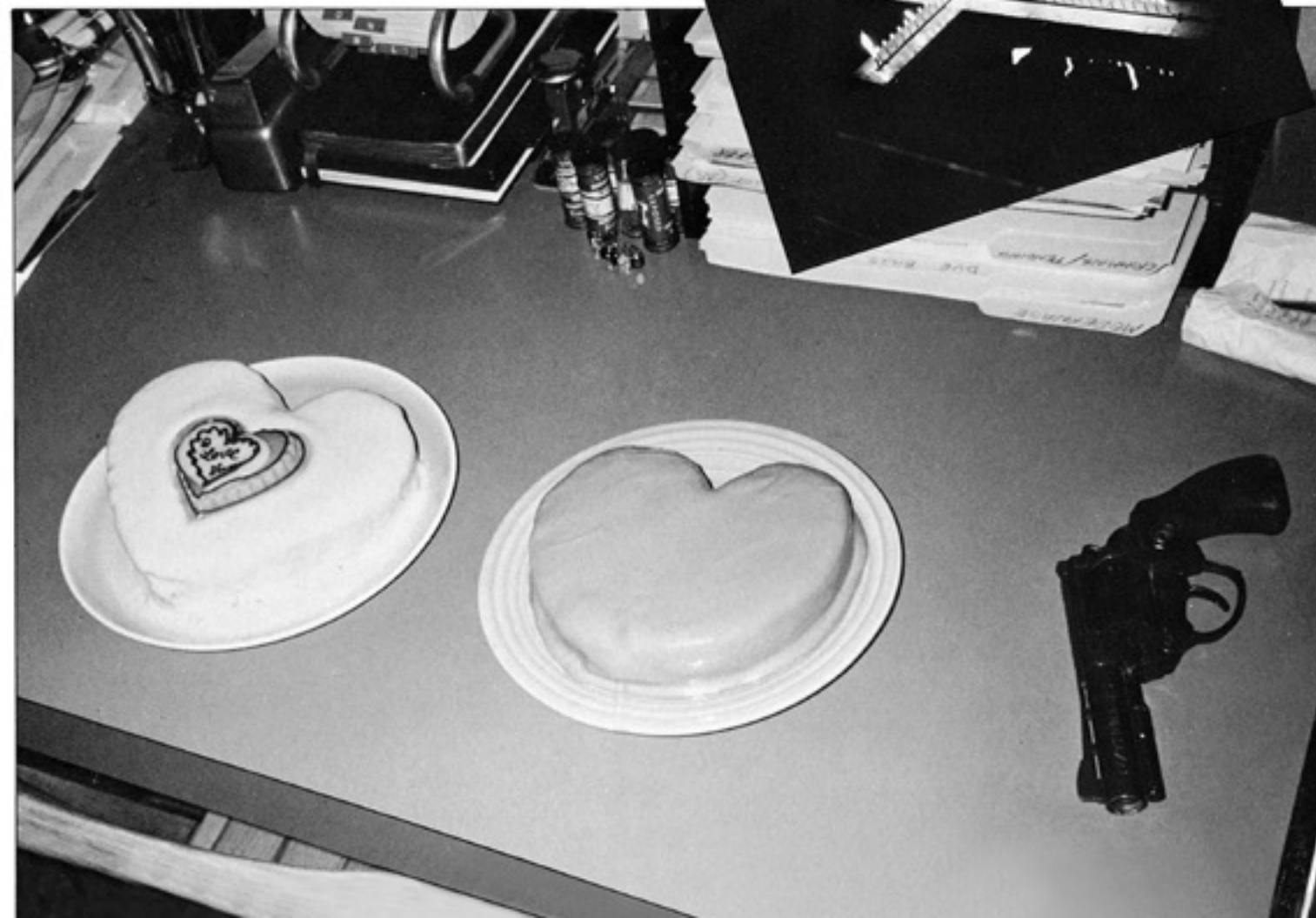
Una de las mejores cosas de las ciudades americanas hoy en día es que si no tienes mucho dinero, pero tienes mucho estilo, puedes entrar a cualquier sitio gratis. Fiestas gratis, copas gratis, comida gratis; lo único que se necesita es la actitud apropiada, la ropa apropiada y estar limpio. Lo último es lo más importante e, irónicamente, la gente que necesita más que el resto vivir a costa de los demás –los sin techo que viven en la calle– no cumplen con ninguno de estos requisitos. En su caso, se trata de un terrible círculo vicioso porque cuanto más tiempo viven en la calle, más locos y sucios se vuelven y menos aptos para trabajar, así que *de verdad* no pueden encontrar un sitio donde vivir. Y se vuelven tan sucios al no tener siquiera un sitio donde ducharse que empiezan a oler, aunque se hayan lavado a trozos donde les haya sido posible. Y llegados a ese punto los echan de los lavabos cuando van a intentar lavarse un poco –por





ejemplo, en los grandes almacenes buenos—. Así que empiezan a ir a las bibliotecas públicas, pero al cabo de pocos meses huelen demasiado mal incluso para las bibliotecas y solo les quedan las estaciones de metro o el autobús —en ese momento no pueden caer más bajo—.

Por eso, pienso que lo más importante que el gobierno podría hacer por la gente sin un sitio donde vivir sería construir casas de baños enormes y modernas donde pudieran ir a darse una ducha y que tuvieran una lavadora-secadora para lavarse y lavar la ropa de una tacada. El tiempo estaría limitado porque si no la gente acabaría por vivir allí. Estarían construidas de tal manera que



se pudieran limpiar con una manguera después de cada uso. De este modo, la gente estaría limpia para poder volver a mezclarse con los demás, porque si no te puedes mezclar con los demás te acabas volviendo loco.

Me gusta la idea de limpiar las cosas con una manguera —habitaciones donde no se quita el polvo, ni se encera, ni se pasa el aspirador, solo se limpia con la manguera—. Me encantaría que hubiera cines con una gran zanja frente a la primera fila para abrir las mangueras justo al final de la película y echar un chorro en el suelo pringoso y tirar todo a la zanja. Igual que en un granero.

Ya sé que no es muy amable decir «América» al referirse a los Estados Unidos. En el colegio te enseñan que es un insulto para el resto de los países en América del Norte, Central y del Sur llamar «América» a los Estados Unidos de América, porque ¿dónde se deja a los demás? Pero me da igual si Venezuela o cualquier otro país se siente ofendido. Nosotros somos los estados que quisieron unirse para formar el mejor país del mundo y somos el único país que quiso que la palabra formara parte de su nombre. Brasil no se llama a sí mismo «Brasil de América», así que tenemos derecho a llamarnos América de forma abreviada siempre que queramos. Es una palabra preciosa y todo el mundo sabe que somos nosotros.

